



crisis aquellas industrias terrenales surgidas y consolidadas para conjurar la mortal asechanza y que, al mismo tiempo, servían de eficaz aparato de control social. Me refiero, naturalmente, al cristianismo, al Estado, a la razón burguesa y al primitivo orden económico capitalista. El fomento de la muerte «natural» como temor disuasorio ha dejado de ser aquel negocio rentable que se desarrolla a partir del siglo XVI y fue sabiamente capitalizado por los funcionarios de la Iglesia y del Estado.

Desde el momento en que ese espectacular aumento de las esperanzas de vida forma parte principalísima de la estrategia de las civilizaciones industriales y no precisamente por razones «caritativas», ya no es posible jugar alegremente con el bergmanniano fantasma de la guadaña y el reloj de arena. Y es que el horizonte del planeamiento económico de la sociedad de consumo de masas ya no es un solo momento de la vida del hombre —la llamada etapa activa: productiva— sino *toda su existencia*. Mucho más importante que las capacidades productoras del individuo son ahora mismo sus actitudes consumidoras. Por eso, los cuidados exquisitos que los Estados dedican a la «tercera edad» no tienen más fines inconfesos que el incremento de la masa consu-

midora y el aumento de las capacidades derrochadoras del sujeto perteneciente a las clases pasivas. Resulta macabramente lógico, por tanto, que los sistemas industriales hayan dejado de manipular explícitamente el recurso estabilizador del miedo a la muerte «natural»: están obligados a producir en el individuo el espejismo de la inmortalidad para que no cesen, ni por un instante, las expectativas de consumo, es decir, para que no se hunda el tinglado.

### La disuasión de recambio

En la época de la economía de producción no era «rentable» una política de la tercera edad. En una economía enteramente basada en el consumo, lo que cuenta no es la fabricación de productos en serie, sino la de consumidores en serie. No se alarga y protege la vida del ciudadano: se alarga y protege la vida del consumidor.

Pero si los sistemas industriales necesitan para su desarrollo acelerado sustituir del ámbito de lo cotidiano, la vieja obsesión de la muerte «natural» por la ilusión de la vida eterna, con el fin de que la demanda de consumo sea cada vez mayor, los poderes ideo-

lógicos, por contra, necesitan seguir administrando la idea de muerte para garantizar su propia continuidad, o con otras palabras, para mantener intacto el monopolio de los mecanismos de control social e individual. Había que «reciclar» el fantasma, buscar una disuasión de recambio, trasladar a los terrores cotidianos la función metaestabilizadora que antes desempeñaba la muerte «filosófica».

Explicó modélicamente este proceso Octavio Paz en una parte de su libro *Conjunciones y Disyunciones*: «La ciencia moderna ha acabado con las epidemias y nos ha suministrado explicaciones plausibles de las demás catástrofes naturales: la naturaleza ha dejado de ser depositaria de nuestro sentido de culpa; al mismo tiempo, la técnica ha extendido y ampliado la noción de accidente, y le ha conferido un carácter completamente distinto... El Accidente forma parte de nuestra vida cotidiana y su espectro obsede nuestros insomnios. El principio de indeterminación en física y la prueba de Gödel en lógica equivalen al Accidente en el mundo histórico.» Y quien dice accidente, también dice catástrofe, terrorismo, estado de sitio, atentado, alarma, inseguridad, tragedia...

Es la astuta instauración en el universo de la cotidianeidad de un